

The Editor's Column

Un sueño

Una noche soñé con una biblioteca enorme, llena de cosas únicas y raras, una biblioteca tan grande que llegaban — por compra, naturalmente — libros de otras bibliotecas, según constaba en las portadas de los mismos. Tenía un tesoro, adonde desde hace años no entraba sino una sola persona, única guardadora de tales rarezas. Afiliada a la biblioteca había una sociedad erudita, cuyos miembros los escogían las bibliotecarias. Recibían el derecho de decir que eran miembros y un descuento en las publicaciones de la biblioteca.

Esta institución estaba instalada en un enorme edificio estilo comienzos de siglo, lleno de adelantos mecánicos de la misma época, algunos en uso y otros estropeados. Se hallaba en medio de un barrio hispánico, ante el cual los funcionarios se mantenían de espaldas.

La biblioteca no tenía ningún empeño en que se usaran sus materiales. Al contrario, el asunto suyo era conservar, y tenía al investigador como una molestia. Manteniendo una capa de accesibilidad, se dificultaba el trabajo. Se abría el público — y no al público cualquiera — sólo 20 horas a la semana, pero ni estaban accesibles los libros y manuscritos durante todo este tiempo, pues dependía del almuerzo de la encargada, se servían a veces con mucho retraso, y había que recoger los materiales antes del cierre. Durante temporadas en que se esperaba mucha clientela, se cerraba. La fotocopia, incluso de [p. 2] cosas del siglo dieciocho, estaba prohibida, por celo de no ofender los derechos de los rebiznietos de los contemporáneos de Jovellanos; tampoco se prestaba nada bajo ningún concepto. De vez en cuando se encerraba a los pocos lectores dentro de la sala de lectura, para evitar — decían — que un visitante podía entrar y molestar.

Había libros que no se podían leer; otros se podían leer mediante cita previa pero sin tomar ningún apunto y con la bibliotecaria sentada a la misma mesa con uno. Muchos se leían sin dificultad si se encontraban, pero la ciencia de encontrarlos era de pocos. Había libros que se servían semanalmente, pues los túneles donde se almacenaban penetraban la tierra hasta tal profundidad que eran necesarios caretas y ventiladores.

Y me desperté. Guardo aún en la memoria el olor del plátano que almorzaba el vejecito encargado de vigilar a los lectores, y los ronquidos de la siesta con que desempeñaba su cargo.